



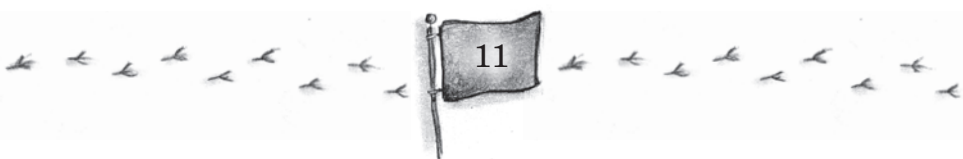
Capítulo 1

PIEDRAS Y PIRATAS

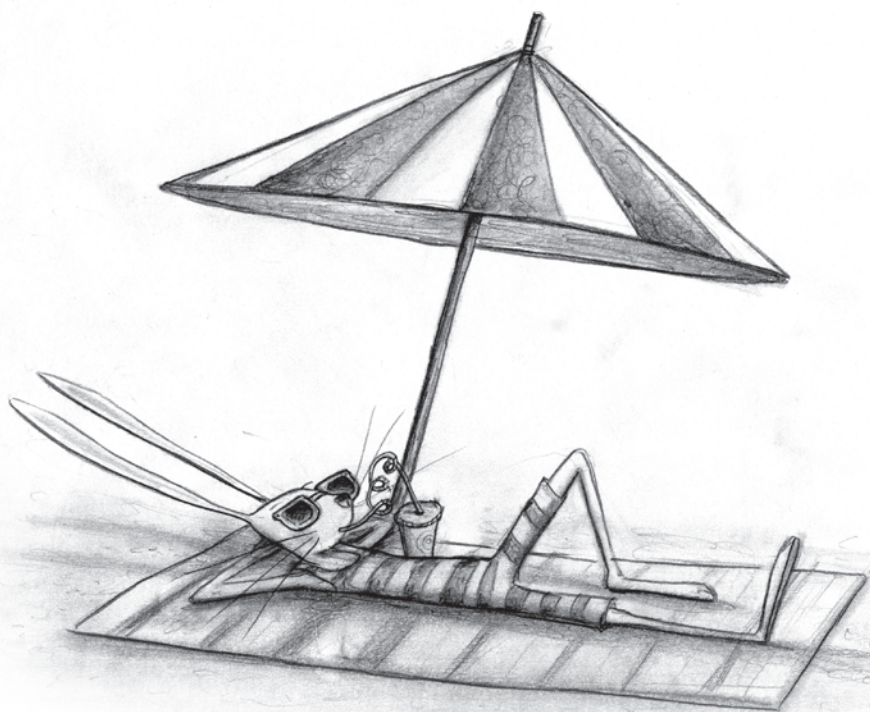
Petunia Petulante tomó una piedra lisa y húmeda de la playa arenosa de la Caleta y la arrojó perezosamente al mar.

—¿Sabes cuánto tardó esa piedrecita en llegar a la playa? —le preguntó la Liebre de la Luna—. Toda su vida. Y ahora vas tú y la tiras al mar, y tiene que empezar *OTRA VEZ DESDE EL PRINCIPIO*.

Petunia miró a la Liebre, que estaba tumbada boca arriba sobre la arena con un bañador a rayas de cuerpo entero de



lo más ridículo. Tenía los ojos cerrados y un pegote de crema solar verde sobre la nariz.



–Qué bobada –replicó Petunia–. Las piedras no tienen vida, son piedras.

La Liebre abrió un ojo con parsimonia.

–Sí que tienen vida. Y nombre. Esa se llamaba Derek.

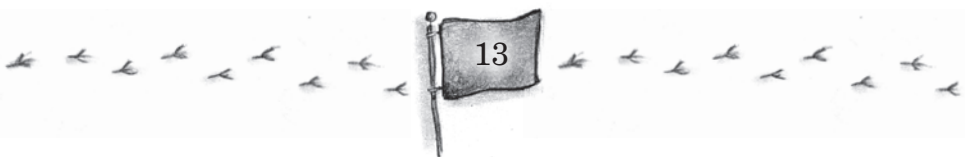
–Yo conocí a una piedra una vez –dijo Sandra, el Dragón–. Era gris.

Petunia los miró a los dos fijamente.

No hacía mucho tiempo que la Liebre de la Luna había regresado desde la Luna a Estrafalandia. Apareció un día en el Laberinto Variopinto. Petunia Petulante pensaba que desde su retorno estaba más lunática que nunca.

Petunia se rio sola.

–¡Lunática!

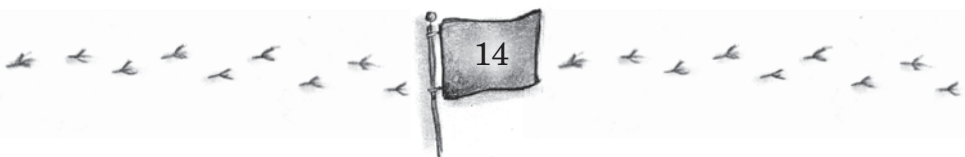


La Liebre de la Luna había vuelto a cerrar los ojos y tarareaba una melodía totalmente desafinada.

Sandra estaba sentado un poco aparte, sobre su toalla. Llevaba puesto un enorme flotador y miraba fijamente el mar.

No sabía nadar y no se fiaba del agua. «Yo no floto», solía decirle a todo el mundo. «Puedo volar y planear en el aire, pero flotar, no. No es algo muy draconiano que digamos.»

Petunia había aprendido que había muchas cosas no muy draconianas que digamos... Normalmente las cosas que a Sandra no le apetecía hacer.





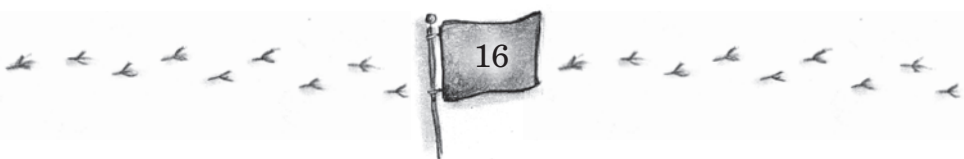
Petunia también había aprendido mucho sobre las liebres lunares: lo más importante de todo era que les gustaba el bizcocho con cobertura azul, los armarios, los leotardos a rayas y las *Coşş*. A veces tenía la sensación de ser la única persona sensata del castillo.

Las liebres lunares también podían ser muy divertidas, pero eso prefería no admitirlo delante de su amiga.

–Será mejor que volvamos al castillo, es casi la hora de la merienda y el cocinero está preparando tostadas con judías –dijo.

–Y natillas –añadió la Liebre.

–¿No os parece que el mar se está acercando? –preguntó Sandra con desconfianza.



–Yo he sido capitán de barco –dijo la Liebre de repente.

–En la Luna no hay barcos –replicó Petunia–. Seguro que ni siquiera sabes cómo son.

–Pues sí lo sé: son grandes, de madera y tienen unas cosas blancas que cuelgan de unos palos y mucha lana y escalerillas y cazuelas estrepitosas y un loro.

Petunia soltó una risita.

–¡Qué bobada! –dijo.

–¡Es verdad! –protestó la Liebre, y se sentó.

–Se está acercando, seguro –dijo Sandra, que levantó su toalla para ponerla a salvo.

–Liebre de la Luna, en los barcos no hay lana ni cazuelas estrepitosas –dijo



Petunia, que se levantó y guardó la toalla en la bolsa.

–Claro que sí, y llevan una bandera ondeante con una cara sonriente pintada.

–¡Claro que no! –insistió Petunia.

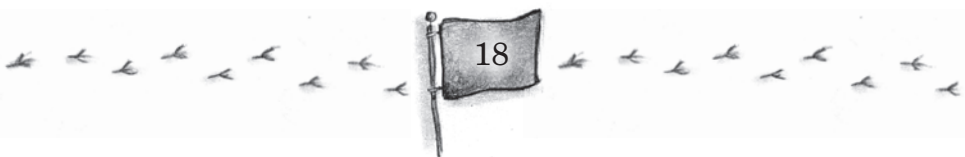
–¡Claro que sí! –dijo la Liebre con la misma insistencia.

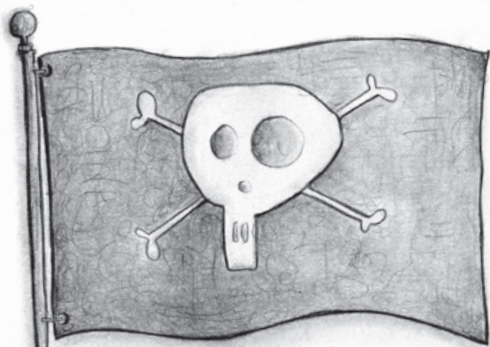
–Pues, la verdad, yo también lo creo –intervino Sandra.

–Sandra, tú ni te acercas al mar si no estás con nosotras. Y esta cala es muy tranquila, aquí no llegan los barcos.

–Entonces, ¿eso qué es? –preguntó Sandra, señalando el horizonte con una garra.

Petunia dejó de recoger sus cosas y miró hacia el mar.





Era verdad, en el horizonte se veía un barco.

—¡CHINCHA RABIA! —exclamó la Liebre con insolencia, y le sacó la lengua.

Era un barco grande, con las velas blancas hinchidas. Estaba pintado de un feo color verde barro y tenía ojos de buey de latón resplandeciente y mástiles amarillos. En lo alto del palo mayor se veía una bandera negra muy ondeante, la bandera pirata.

—¡Ay, madre! —gimió Petunia—. El tío Julián.

—¿Qué es un tío Julián? —preguntó la Liebre levantándose entusiasmada.



–El tío Julián es el hermano de mi madre –respondió Petunia–. No se llevan bien. Antes era rey, como papá, pero ya no. Ahora es pirata.

–¡Ooh! ¡Maravilloso! –exclamó la Liebre, dando saltos de alegría.

–Bueno, él no es muy piratesco –dijo Petunia–. Ni siquiera tiene una tripulación pirata.

–¡Vaya! –dijo la Liebre, y dejó de saltar.

–Seguro que quiere algo; mamá y él siempre se pelean. La última vez, mamá intentó que le cortaran la cabeza.

–¡OOH! ¡MARAVILLOSO! –exclamó la Liebre, que se puso a saltar de nuevo.

–Pero papá no se lo permitió.

–¡Vaya! –dijo la Liebre, y dejó de saltar.

–A mamá no le va a hacer ninguna gracia –dijo Petunia, mientras recogía la esterilla–. Será mejor que vayamos a avisarla.

–Yo también voy –dijo Sandra, doblando la toalla–. Me MUERO de calor –gimoteó siguiendo a Petunia y la Liebre de la Luna camino del castillo–. Y tengo arena metida por Sitios.

–¡Vamos a conocer a un Pirata y a DIVERTIRNOS y tener AVENTURAS y otras muchas COSAS FANTÁSTICAS! –exclamó la Liebre saltando a la pata coja–. ¡Ya verás cómo la arena se te sale de tus Sitios!

